EDITORIAL

VIRGINIA APGAR 1909-1974

DR. GUILLERMO VASCONCELOS PALACIOS

En el universo de la medicina perinatal, todos conocen su nombre, pero pocos saben cuán grande fue ella.

Hace unos días, durante una sesión de perinatología en la que discutíamos los diferentes métodos de evaluación del recién nacido, se me ocurrió preguntar a los médicos residentes si sabían algo de la personalidad de la doctora Apgar. Y, cosa triste, nadie sabía quien fue. Que ruín es la condición humana que pronto olvida a los seres excepcionales que dedicaron su vida a procurar el bien ajeno. Conozco muchos casos en que basta una generación para sepultar en el olvido a quienes en su tiempo, se consideraba que serían inmortales.

Me dije a mí mismo: es necesario refrescar la memoria a los colegas y avivar el recuerdo de ella, que debería ser un modelo digno de emular por los jóvenes médicos.

Tal parece que mucho de eso se necesita hoy en día para motivar a las nuevas generaciones carentes de esa chispa luminosa que engrandece el alma.

¿Quién fue Virginia Apgar?

Un médico anestesiólogo, pediatra, genetista, patólogo, investigador, profesional en salud púbica, cirujano...?, todo eso y mucho más... músico, atleta, filatelista, piloto de aviación, con grandes destrezas para la pesca, el golf y la jardinería. Pero sobre todo, fue un científico innato, profesor colosal y gran humanista.

Ella misma solía decir que provenía de una familia que nunca estaba sentada. Diríamos más bien que nunca estaba dormida, porque 65 años fueron insuficientes para hacer todo lo que ese espíritu entusiasta, optimista, generoso y activo, anhelaba hacer por la humanidad.

No sabía hablar lento, porque trataba de decir toda una inmensidad en la unidad de tiempo. Era un problema para la traducción simultánea.

Como es sabido, una de sus mayores contribuciones fue la calificación Apgar para la evaluación del recién nacido al minuto de vida. Aplicó ingeniosamente para ello, lo que consideraba los cinco puntos cardinales del anestesiólogo: frecuencia cardiaca, respiración, tono muscular, reflejos y color de los tegumentos. Estos cinco signos curiosamente coinciden con las letras de su apellido en forma acróstica:

A — apparence (color)
P — ulse (frecuencia)
G — rimace (reflejos)
A — ctivity (tono muscular)
R — espiration (respiración)

Ella fue la primera persona que cateterizó la arteria umbilical en el recién nacido e indudablemente la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales no sería lo que es hoy si no fuese por la doctora Apgar.

Un detalle inolvidable en su hospital, fue aquella espontánea manifestación de ternura que tuvo con un enfermito quien iba a ser operado de una hernia y cuyo principal temor era el elevador. Ella lo tomó en sus brazos y subió nueve pisos por la escalera hasta la sala de operaciones. Así era ella.

Luchó con denuedo para obtener la detección temprana de los defectos congénitos y fue el primer embajador de la National Fundation, de la que incrementó el capital, de 19 millones que tenía cuando entró a 46 millones cuando murió.

Y como todas las almas que verdaderamente valen, la adornaban las virtudes naturales de la modestia y la humildad.

Recordemos su memoria y a Séneca diciendo:

"Si pudiéramos ver el alma del virtuoso, Oh! que cosa tan hermosa veríamos.